

la pregunta de cuál sea el sentido de esta circulación de los diferentes tipos de la antropología filosófica. Si el orden de los tipos indicados no es casual o meramente construido, parece indicar que hay dos direcciones fundamentales del pensamiento antropológico, la de la forma ordenadora y la de la vida irracional. Si predomina una de las dos comienza un proceso que o quiere llenar la forma vacía con un contenido vivo o intenta dar forma y norma a la vida que fluye caóticamente y sin orden. La antropología filosófica del futuro tendrá uno de sus principales cometidos en la unificación de estas direcciones y de estos procesos en una imagen unitaria del hombre.—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

DELFGAAUW (Bernard): *L'être humain comme être-question*, en «Giornale di Metafisica», Genova-Università, año X, núm. 3, mayo-junio 1955, páginas 398-406.

El hombre se plantea cuestiones incesantemente, pero, además, es él mismo una cuestión. En cualquiera de las preguntas planteadas late en el fondo una manquedad, una falta, y así podemos decir que la cuestión es la falta temática.

La posibilidad de plantear cuestiones nos remite a otra inmediata: la de obtener respuestas; porque si la falta no pudiera ser suplida, si al hacer una demanda el hombre no esperara respuesta, ¿qué sentido tendría el hacerla? El hombre tiene la posibilidad de ser contestado en sus cuestiones cuando las levanta ante el horizonte adecuado, ante aquel que puede responder a su concreta y actual demanda. Hay, además, en términos generales un horizonte total que engloba a los parciales y determinados. Es el que conocemos con la palabra *mundo*. A éste pide el hombre todas las respuestas, incluso las corres-

pondientes a las últimas y radicales cuestiones: ¿por qué existe el mundo? y ¿por qué yo, que soy una cuestión para el mundo, existo?

Estas palabras, ¿por qué yo existo?, son las que hacen comenzar la filosofía. Implícitamente hay en todo hombre una cierta reflexión sobre su existencia, pero sólo en algunos esa reflexión se hace explícita: éstos son los verdaderos filósofos. Al reflexionar hoy el filósofo sobre el ser-cuestión del hombre, ¿no será preciso que lo haga analizando el modo según el cual los hombres realizan su ser?

Como cada persona evidentemente se realiza de manera distinta, sólo llegará el filósofo a encontrar una respuesta común si logra establecer que hay un sentido implícito y común a todas las existencias. Delfgaauw establece que ese sentido es el de la apertura al mundo. El hombre existe para abrirse al mundo, y esa apertura, incesantemente renovada, le hará ir realizándose cada vez con más autenticidad.

Pero —y aquí llega el trabajo a su meollo—, como el mundo es, ante todo, el mundo de los hombres, apertura al mundo no puede significar, en sentir del autor, otra cosa que apertura a los hombres. Ese estar abierto a los demás, es el amor.

Podría parecer esta conclusión muy alejada del punto de partida —concluye Delfgaauw—, porque amar es dar, y cuestionar es pedir. Este alejamiento es sólo aparente. En el amor, el hombre se cuestiona, se pide, abrirse al otro, pregunta al ser del otro, y también a su propio ser: ¿quién soy yo?, ¿qué puedo amar yo? De esta manera el hombre no sólo comporta una posibilidad de demanda, sino que es él mismo una demanda. Al poner todo en cuestión, incluso a sí mismo, se abre a la Trascendencia. Como ser-cuestión, dice finalmente el autor, el ser del hombre es un ser ante la Trascendencia; dicho de otra manera, un ser para Dios a través del mundo.—MARÍA ELISA MASEDA.